

Señora,

Gracias por este premio, el más grande de los que la Corona reserva en exclusiva a los poetas. Gracias a la Universidad de Salamanca, Gracias al Patrimonio Nacional, Gracias a todos y cada uno de los miembros del Jurado.

Los poetas a veces nos quedamos sin palabras dentro de nuestra propia obra. ¡Cuánto más nos quedaremos mudos fuera de la poesía! Yo no tengo palabras para expresar la alegría tan grande que me ha dado este premio que lleva el nombre de Vuestra Majestad.

Pensando en los nombres, que esa sí es tarea de una poeta, voy a recordar algunos. El primero que vino a mi corazón, cuando me enteré de este reconocimiento, es el de Rafael. Así aparece nombrado en la dedicatoria de uno de mis libros y en la de uno de mis poemas, que trata de la fabricación del papel. Se trata de Rafael León, mi marido y el padre de mis hijos , pero también mi maestro y compañero en la literatura. Nombrarlo aquí es una manera de hacerlo presente.

Quiero recordar a mis padres, hijos, hermanos, familiares, amigos...Nombro también a algunos de mis maestros, sólo a algunos, para así decirlos a todos: a Don Jorge Guillén, que como las personas reales, era siempre Don Jorge, a Bernabé Fernández Canivell, a Alfonso Canales. Entre los que han recibido ya este mismo premio, quiero señalar a José Antonio Muñoz Rojas y a Pablo García Baena, así como los poetas de la generación del 50: Antonio Gamoneda, Claudio Rodríguez, Angel González, José Angel Valente, José Manuel Caballero Bonald y Francisco Brines. Es justo mencionar aquí a la poeta cubana Fina García Marruz, la primera mujer que mereció este galardón.

Me propuse borrar mi nombre de estas palabras. Cuanto más alto es el honor que recibimos, más debe difuminarse nuestro yo. Sin embargo, hay dos circunstancias, parecidísimas y enlazadas, que me impiden silenciarlo por completo. La primera: que la antología editada con motivo del premio, *El fruto de mi voz*, se terminó de imprimir el día de la Virgen de la Victoria, patrona de Málaga. El día de mi santo, pues. Eso es un regalo extraordinario que me han hecho el antólogo y editor que son una misma persona, mi querido amigo Juan Antonio González Iglesias. Pero el otro regalo, hecho por el Azar, o por ese Gran Detallista que se esconde bajo el nombre de “Azar” es que hoy es mi cumpleaños. Vine al mundo en Málaga, en unas coordenadas de tiempo y espacio que fijé en los dos hemistiquios de un verso (alejandrino como casi todos los míos): “28 de noviembre, calle del Ángel, 1” . La coincidencia con el *cumpleaños* subraya que este premio es también un *cumplimiento*: el de toda una vida dedicada a la poesía.

Vuelvo así a lo primero, al nombre que nos preside hoy: el de Vuestra Majestad. Los griegos antiguos y sus filósofos llamaron Sofía a la sabiduría. Siglos después, Santa Sofía fue mucho más que una Santa. A Unamuno, rector de Salamanca, y poeta ante todo, le gustaba recordar que Santa Sofía era uno de los nombres del Espíritu Santo, el Espíritu Creador, que una vez inspiró la creación cósmica y muchas veces inspira la creatividad humana. Su soplo --nos dicen-- despierta el entusiasmo de los artistas, empezando por los poetas. Perfecto es, por tanto, que Vuestra Majestad haya dado su nombre al Museo Nacional de Arte Contemporáneo, a la Escuela Superior de Música, y a este Premio que honra a la Poesía Iberoamericana. No quisiera olvidar aquí, Señora, vuestra particular vinculación, como Medalla de Honor, con la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo de Málaga, en la que artistas y poetas nos reunimos para dar lo mejor de nosotros.

Concluyo con las únicas palabras que sí tengo, con algunos de mis poemas, en los que veréis desfilar la Escultura, la Arquitectura, y la Pintura y, sobre todo, oiréis la Música, arte predilecta de Vuestra Majestad.

Poemas:

--

---

Muchas gracias.